

# JORDI WILD

EL RINCÓN DE GIORGIO

## SUEÑOS DE ACERO Y NEÓN

*En un futuro dominado  
por las corporaciones,  
él podría cambiarlo todo*

m̄r

JORDI WILD

SUEÑOS DE ACERO Y NEÓN  
EL RINCÓN DE GIORGIO

**m̄**

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de cubierta: © Héctor Trunnec

Fotografía de contracubierta: cortesía del autor

© Jordi Wild, 2016

Edición y fijación del texto: Ramón Tarrés Reguant

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.mrediciones.com](http://www.mrediciones.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-270-4235-3

Depósito legal:

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

*Printed in Spain*-Impreso en España

—Esta espera me está matando. Llevamos cinco putas horas aquí dentro y Red aún no ha dado señales.

—Tranquilo, Jordi. Poniéndote nervioso no vas a conseguir nada. Lo único que podemos hacer es tener paciencia.

—O tomarnos otra copa. ¡Carlos! Ponnos un par de whiskys.

—¿Del escocés? —respondió Carlos desde detrás de la barra.

—Claro. Invita Dante.

—¡Serás caradura!

Dante Angelo, mi mejor amigo. La única persona en la que confío plenamente.

—A mí ponme una cerveza sin alcohol —ordenó a Carlos—. Y tú deberías hacer lo mismo. No nos conviene estar bebidos. Por lo que pueda suceder.

Mi mejor amigo... Y mi voz de la conciencia. Aunque debo reconocer que si no fuera por él y por su cabeza, mucho más reflexiva que la mía, lo más probable es que hoy no estuviera aquí.

—Sí, mamá. Para cenar quiero espaguetis —dije en tono burlón.

—Como quieras, Tommy —remató Dante la burla.

—¡Que no me llames Tommy, coño!

No soportaba que me llamaran así y Dante lo sabía. Me llamo Jordi Thompson. Tommy no es un nombre que suene bien para un detec-

tive privado. Y menos uno con tanta clase como yo... O eso es de lo que me intento convencer.

Carlos terminó de llenarme el vaso con su mejor escocés e hizo saltar la chapa de la botella de cerveza con un abridor que siempre llevaba colgado de su cinturón. Carlos Testa era el propietario y barman de nuestro local favorito, El Séptimo Cielo, un pequeño pub donde nos sentíamos como en casa, cosa poco frecuente en esta ciudad.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí, cóbrame. Solo la cerveza —dijo Dante mostrando su dedo índice para realizar el pago con su huella digital mientras me miraba con sorna.

—Cabronazo... —le respondí meneando la cabeza.

—A ti te lo apunto, ¿no? —dijo Carlos resignado.

—Como siempre —respondí.

La historia de mi vida es simple y, por desgracia, común. Como uno más de los millones de niños sin padres que pueblan Tokyo, me crié en un orfanato auspiciado por la policía, la Mansión Nishar. Ahí fue donde conocí a Dante, otro huérfano de la ciudad, y nos hicimos inseparables desde el primer momento.

Mi infancia —y la de Dante—, quizás no fue de cuento, pero tampoco fue infeliz. En la Nishar teníamos comida, comodidades y una formación de calidad. Cuando cumplías dieciséis debías elegir entre seguir formándote en la academia de policía o empezar una vida por tu cuenta. Tanto Dante como yo —y la gran mayoría de los chicos—, optamos por la primera alternativa. Era lo más recomendable: Tokyo puede ser un infierno para un adolescente sin familia y sin contactos.

Durante cuatro años nos entrenaron a fondo en artes marciales, esgrima, combate con armas blancas y armas de fuego —tanto las clásicas como las de energía—; pero también nos formaron en otros aspectos casi tan importantes como los primeros cuando de imponer la ley se trata: ética, psicología, filosofía. Fueron años duros, pero a la vez excitantes. Se respiraba un aire competitivo y al mismo tiempo de camaradería. Todos éramos huérfanos. Éramos nuestra única familia.

Sin embargo, no todo fueron luces para mí. Tengo que reconocer que la autoridad y la disciplina no son mis mejores aliados y en los cuatro años que duró la instrucción batí todas las plusmarcas de penalizaciones por indisciplina y mala conducta de la historia de la institución. Me pasé tantas horas en la Sala de Confinamiento que la acabaron lla-

mando la «Sala Thompson». Ahora me río, pero en su momento me tocó bastante los cojones.

A pesar de mi comportamiento —a veces cuestionable, debo reconocer—, Dante y yo fuimos los mejores de nuestra promoción. En concreto, Dante fue el número uno y yo el número dos, cosa que no deja de recordarme cada vez que puede.

Pero no duró mucho, no...

Cinco años aguanté en el cuerpo. Repito: la disciplina no está hecha para mí. Aunque la paga era generosa y algunos trabajos estuvieron bien, mi relación con el inspector jefe, O'Callahan, llegó a un punto de no retorno. O me iba o me pasaría más tiempo en los calabozos que en mi apartamento.

Durante los años que estuve en la policía me tuvo en el punto de mira. No me pasaba ni una: cualquier salida de tono, por pequeña que fuera, era magnificada; cualquier pequeño fallo, castigado severamente; cualquier idea que fuera mía, ignorada. Si no fuera porque estaba casado y era un putero consumado, hubiera dicho que estaba enamorado de mí. Así que un día cogí mis bártulos, alquilé una oficina y empecé a trabajar por mi cuenta. Mi carrera como detective privado acababa de empezar. No me arrepiento ni un día de haber tomado esa decisión. Quizás gano menos dinero, quizás tengo menos estabilidad, menos seguridad. Pero si alguna cosa he aprendido con los años es que la libertad no tiene precio.

Y ahí estaba, un lustro más tarde, esperando a que el cabrón de Red llamara para ponernos en marcha en mi último trabajo, un sórdido caso de asesinatos de prostitutas en el que Dante, que seguía su ejemplar carrera de policía, me estaba echando una mano.

—Carlos, ¿dónde está esa camarera tan guapa que contrataste el otro día? ¿No viene hoy? —A falta de noticias de Red, había que pasar el tiempo de alguna manera.

—No vendrá hoy ni nunca —respondió iracundo—. La muy puta me estaba robando de la caja.

Y dio un puñetazo en la barra con su brazo biónico. Un poco más y la parte en dos. Carlos tenía muchas virtudes, pero la delicadeza no era una de ellas. Conozco poca gente más ruda que él. Dante y yo tuvimos que hacer un auténtico esfuerzo por aguantar la risa.

—¿Y qué hiciste con ella, tenemos un cadáver en tu frigorífico? —preguntó Dante sonriendo.

—Mis años como cyber-samurái ya pasaron, niños. La eché a la calle con toda la educación que me caracteriza —dijo con una sonrisa

difícil de descifrar. No me gustaría haber sido esa chica. Es mejor no hacer enfadar a Carlos, aunque a Dante y a mí nos encantaba sacarle de sus casillas. Verlo cabreado era un espectáculo digno de admirar.

—¡Esto es inadmisibile! —dije fingiendo indignación—. Un robo a un amigo nuestro, un amigo de la ley... —Dante apenas podía aguantar la risa y empezó a darme pataditas por debajo de la barra para que parara—. ¡Dime ahora mismo su número de comunicador para que pueda darle su merecido!

—¿Vais a detenerla? —preguntó Carlos desconcertado.

—Mucho mejor, ¡me la voy a tirar! —dije estallando en una carcajada a la que se sumó Dante.

Carlos nos miró serio con su ojo de rojo puro que se implantó cuando perdió el suyo en un trabajo para la mafia hace muchos años. Pero enseguida se unió a la risa.

—Menudo par de gilipollas —dijo mientras se alejaba, incapaz de mantenerse serio. En el fondo disfrutaba tanto como nosotros con este juego. Le recordaba a su época de mercenario y a la camaradería que tenía con sus compañeros.

Traté de amagar un brindis con Dante, pero él ya estaba sacando el pad de su mochila.

—Tendríamos que repasar el plan de acción, Jordi.

Me quedé con el vaso suspendido en el aire sin saber si beber o no.

—Hermano, escucha... —le dije—. No hace falta que vengas, me las puedo apañar solo. Ya sabes que...

—¡Déjate de sermones! —interrumpió—. Lo hago porque quiero y porque no voy a dejarte tirado en un caso así, con un *serial killer* de por medio. Además, en la policía también estamos como locos para detener al hijo de puta que mató a las chicas.

—O sea, que solo es por quedar bien con O'Callahan... —dije con un punto de sarcasmo y bebiendo por fin.

—¿Lo dudabas? —respondió Dante sonriendo. La sonrisa de mi amigo era de las cosas más reales que había en esta ciudad.

—Cuando acabe toda esta mierda, te invito al Shangai Dream toda la noche —dije convencido. Era el mejor burdel de Tokyo. Y también el más caro.

—¿Lo has oído, no, Carlos? —dijo Dante buscando testigos. Carlos asintió con una sonrisa incrédula desde el fondo de la barra.

Dante volvió a ponerse serio y encendió su pad rayado de tanto uso. Conocía a poca gente tan meticulosa como él.

—Sabemos que el culpable es un varón, corpulento, de unos cuarenta años, seguramente japonés...

—Y que forma parte de la neo-yakuza —interrumpí aburrido—. ¡Esto lo sabemos desde hace una semana, no hemos avanzado nada! Gordos puteros de cuarenta tacos de la neo-yakuza los hay a decenas en Tokyo.

—Hay algo más —dijo mi amigo. Lo miré interrogante—. Su rango. Por el modus operandi, debe de ser teniente como mínimo. Tenientes de la neo no hay tantos.

—Cierto. Pero mientras Red no encuentre el nexo, no podemos hacer mucho.

En ese momento estábamos estancados y solo Red, el mejor *jockey* que había visto en mi vida, podía ayudarnos. Hacía unos días que Dante y yo habíamos localizado el lugar donde el *serial* llevaba a las víctimas para torturarlas y matarlas. Allí encontramos una única pista factible, una centralita de datos Distring que había sido usada recientemente. El único problema es que nos era imposible rastrear hacia dónde se habían enviado los datos. Son centralitas programadas para borrar toda la información justo después de usarlas. Red estaba tratando de rastrear el flujo de datos para averiguar la identidad de su usuario, y creedme si os digo que no deseaba otra cosa que lo consiguiera.

—O Red nos dice algo hoy o tendré que ir pensando en qué le cuento a la madre de Mizuki —dije preocupado.

Mizuki era una de las seis chicas asesinadas en el último trimestre por nuestro hombre. Hacía algo más de un mes que su madre había venido a contratarme para encontrar al asesino de su hija. Pagaba poco, mucho menos de mi tarifa estándar, pero la vi tan abatida, tan sola, tan débil y necesitada que no pude rechazarla. Acepté el caso y desde hace tres semanas no lo he soltado ni un momento. No puedo ver sufrir a una madre. Es posible que sea porque yo no tengo una.

—Ten fe... —Además de meticuloso, Dante era un optimista empedernido. Compensaba mi cinismo en momentos como ese—. Si hay alguien que puede encontrar el nexo de envío de datos es Red, es el chic...

Dante se calló de golpe cuando mi comunicador empezó a sonar. Nos miramos expectantes y abrí el aparato con el corazón a mil revoluciones. En la pantalla, un nombre: Red. Mi cara se iluminó. Acepté la llamada y la proyección de un adolescente afroamericano apareció ante nuestros ojos. Red no tendría más de dieciséis años y juro que los apa-

rentaba: negro, alto, desgarbado y con una larga cabellera afro. Iba vestido siempre de rojo. Todo de rojo.

—Dame buenas noticias, tío —le dije. Si Red no tenía nada, mi comunicador corría el peligro de acabar estampado en la pared de El Séptimo Cielo.

—¡Lo tengo! —dijo histérico. El momento lo requería, pero daba igual, Red siempre estaba en ese estado de sobreexcitación—. Club DioniXXXHell. Suburbio 12. Distrito Kabukicho. Es un local de estriptis controlado por la neo-yakuza. El nombre del sospechoso es Shintaro Dojima —dijo atropelladamente, como si le faltara el aire. Si no le conociéramos, pensaríamos que estaba a punto de sufrir un ataque cardíaco—. Vuestro hombre está ahí ahora. ¡Tenéis que ir ya!

—Calma, Red... —le dije—. No va a pasar nada por cinco minutos. Necesitamos detalles del local y seguridad.

—¡Id yendo y os mando estructura del edificio, planos, salidas de emergencia y códigos a vuestro pad!

Me encantaba ese chico y su actitud, pero a veces iba demasiado acelerado. Las hormonas, tal vez. La falta de sexo, sin duda.

—Pero, ¿por qué tanta prisa? —dijo Dante.

—He captado una llamada. El tío se pira esta misma noche y ha contratado a una chica. ¡Va a haber una nueva víctima!

—¡Dante, pide refuerzos policiales!

Dante tecleó una secuencia de datos frenéticamente en su pad. A los dos segundos levantó su mirada hacia mí.

—No van a llegar a tiempo.

—¿Cómo que no? —dije contagiado de la excitación de Red—. ¡Esto es una emergencia! Estamos hablando de un puto asesino en serie, un sádico que ya se ha cargado a seis pobres chicas y que va a por la séptima. ¿Cómo no van a llegar a tiempo?

—Ha habido un atentado en el Suburbio 2. El 85 por ciento de las unidades están en esa zona.

—Joder... Vamos a tener que ir solos —dije mirando fijamente a Dante consciente del riesgo que encerraba esa afirmación.

—De acuerdo —respondió mi amigo con aplomo.

—¿Estáis locos? —interrumpió Red—. Su seguridad es jodidísima de pasar. A mí casi me pillan. ¿Lo entendéis? ¡A mí, el número uno! Debe de haber unos siete tíos ahora, además del asesino. La mayoría, matones de la neo con implantes.

—¿Hay torretas o armas automáticas de defensa? —preguntó Dante mientras se ajustaba sus armas.

—No parece. Pero no son unos principiantes, ¡son siete matones entrenados y con ganas de jugar a los carniceros! ¡No estamos hablando de una panda de inútiles!

—Red, envíanos los datos. Vamos para allá —respondí antes de apagar el comunicador y salir con Dante.

Carlos nos despidió con una leve inclinación de cabeza que transmitía confianza. Siempre nos decía que sabía que volveríamos. No iba a permitir que nuestra extensa cuenta —la mía, en particular—, se quedara sin pagar, decía medio en broma medio en serio. A pesar de ello, cuando cruzábamos la puerta camino de una batalla de final incierto, no podía evitar santiguarse. Una absurda superstición que venía de olvidadas religiones de otra época.